

de los bienaventurados.

*Que estás.* Por esta palabra admiramos la inmensidad, la grandeza y la plenitud de la esencia de Dios, que se llama con verdad «El que es»: es decir, que existe esencialmente, necesariamente y eternamente, que es el Ser de los seres, la causa de todos los seres; que encierra eminentemente en Sí mismo las perfecciones de todos los seres; que está en todos por su esencia, presencia y potencia, sin estar encerrado en ellos. Honramos su sublimidad, su gloria y majestad en estas palabras: *que estás en el cielo*, es decir, como sentado en vuestro trono, ejerciendo vuestra justicia sobre todos los hombres.

Adoramos su santidad deseando que *su nombre sea santificado*. Reconocemos su soberanía y la justicia de sus leyes ansiando *la llegada de su reino* y que le obedezcan los hombres en la tierra como lo hacen los ángeles en el cielo. Creemos en su Providencia rogándole que nos dé *nuestro pan de cada día*. Invocamos su clemencia pidiéndole el *perdón de nuestros pecados*. Reconocemos su poder al rogarle que *no nos deje caer en la tentación*. Nos confiamos a su bondad esperando que *nos libraré del mal*. El Hijo de Dios, que glorificó siempre a su Padre por sus obras, ha venido al mundo para que le glorifiquen los hombres y les enseñó la manera de honrarle con esta oración que Él mismo se dignó dictarles. Debemos, pues, rezarla con frecuencia, con atención y con el mismo espíritu que Él la compuso.